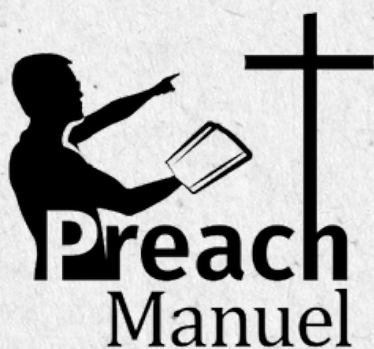




Comentario al
texto bíblico

PRIMERA Y
SEGUNDA
A LOS
CORINTIOS

GRACIA, AMOR Y
COMUNIÓN

III TRIMESTRE - 2026

UNA IGLESIA RESTAURADA EN UNIDAD

Al acercarnos al final de su segunda carta a los Corintios, Pablo presenta una serie de exhortaciones que resumen aquello que esperaba encontrar en la iglesia cuando ya no estuviera presente entre ellos. No se trata simplemente de recomendaciones aisladas, sino de un llamado a recuperar el orden, la unidad y la comunión que habían sido afectados por las divisiones y conflictos.

“Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros” (2 Corintios 13:11).

El primer llamado es: **“Tened gozo”**. Este gozo no depende de las circunstancias pasajeras, sino de reconocer lo que Dios ha hecho y continúa haciendo por nosotros. Los corintios habían experimentado tristeza a causa de sus errores, pero aquella tristeza los había conducido al arrepentimiento. Ahora Pablo podía llamarlos nuevamente al gozo, porque la disciplina había producido restauración.

Después les dice: **“Perfeccionaos”**. El término utilizado apunta a la idea de restaurar, completar y llevar algo al estado para el cual fue diseñado. Pablo ya había empleado un concepto semejante al exhortarlos a estar *“perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”* (1 Corintios 1:10). Por tanto, la restauración de los corintios implicaba superar la división y recuperar la **unidad de mente, corazón y propósito**.



UNA IGLESIA RESTAURADA EN UNIDAD

También les ordena: “**Consolaos**”. El sentido del verbo incluye consolar, animar y fortalecer. Después de una etapa marcada por tristeza y conflictos, los creyentes debían convertirse nuevamente en apoyo unos para otros, animándose y sosteniéndose mutuamente.

Finalmente, Pablo dice: “**Vivid en paz**”. Y la razón es extraordinaria: “*el Dios de paz y de amor estará con vosotros*”. La paz de la iglesia no debía depender únicamente del esfuerzo humano, sino de la presencia de Dios.

Hebreos amplía esta verdad al mostrar que es Dios mismo quien capacita al creyente:

“Y el Dios de paz [...] os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo” (Hebreos 13:20-21).

El evangelio no consiste en que nosotros hagamos por nuestras propias fuerzas aquello que agrada a Dios.

Es Dios quien obra en nosotros por medio de Jesucristo. Él restaura, capacita y transforma, de manera que la gloria finalmente le pertenece a Él.



EL REINO DE LA GRACIA

Después de las exhortaciones finales dirigidas a los corintios, Pablo concluye su carta con una despedida extraordinaria. Primero los llama a saludarse mutuamente y, finalmente, pronuncia una bendición en la que aparecen juntos el Señor Jesucristo, Dios Padre y el Espíritu Santo:

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén”
(2 Corintios 13:14).

Esta fórmula resulta particularmente significativa porque Pablo relaciona tres realidades —**gracia, amor y comunión**— con las tres personas de la Deidad. Sin embargo, esto no significa que cada atributo pertenezca exclusivamente a uno de ellos. La gracia de Cristo también es gracia del Padre, y el Espíritu Santo es quien comunica su eficacia al creyente.

Pero ¿qué significa realmente la gracia? Con frecuencia se la ha entendido solamente como el estado de aceptación en el que Dios perdona al ser humano independientemente de su condición. Sin embargo, la gracia presentada en las Escrituras abarca algo mucho más profundo: **es también el poder de Dios que transforma y capacita al creyente para vivir conforme a su voluntad.**

Pablo lo explica al hablar de la elección y aceptación en Cristo:



EL REINO DE LA GRACIA

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Efesios 1:4-6).

La gracia, entonces, revela una **voluntad divina de bendecir que precede a la historia humana**. El pecado no tomó a Dios por sorpresa ni modificó su propósito de acercarse al ser humano. Aunque el hombre rechazó la bendición de Dios y escogió escuchar la voz de la serpiente, el propósito divino permaneció.

Cristo constituye la evidencia suprema de esta gracia. Él no vino porque la humanidad lo mereciera, sino porque **Dios había determinado manifestar su amor y su favor hacia nosotros**. Por eso, aun siendo pecadores, débiles y enemigos de Dios, podemos contemplar en Cristo la prueba de que Dios nos amó primero.

La gracia, por tanto, no es simplemente que Dios nos acepte tal como estamos. **La gracia que nos acepta también quiere reinar en nosotros**. Y precisamente ahí comienza la dimensión transformadora.



LA GRACIA QUE REINA SOBRE EL PECADO

La gracia de Dios no solamente quiere aceptarnos; **quiere reinar en nosotros con la misma eficacia con la que el pecado reinó para muerte.** Pablo desarrolla esta idea precisamente en Romanos, donde contrasta el dominio del pecado con el poder transformador de la gracia.

“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Romanos 5:20-21).

El pecado entró en la experiencia humana y su consecuencia alcanzó a todos: la muerte. Nadie ha podido escapar de su dominio. Pero Pablo presenta una realidad paralela: **la gracia también puede reinar**, y hacerlo mediante la justicia de Jesucristo para conducirnos a la vida eterna.

Por eso, el capítulo 6 comienza con una pregunta fundamental:

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:1-2).



LA GRACIA QUE REINA SOBRE EL PECADO

La gracia, entonces, **no es una excusa para continuar pecando**. No significa que el creyente pueda permanecer bajo el dominio del pecado mientras conserva la aceptación de Dios. Por el contrario, la gracia obra para liberarlo de aquello que anteriormente lo esclavizaba.

Pablo lo expresa claramente: *“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”* (Romanos 6:14). Estar bajo la gracia significa dejar de depender de nuestras propias fuerzas para vencer el pecado y recibir de Dios el poder necesario para vivir una nueva vida.

Esto explica por qué Pablo continúa diciendo:

“¿Qué, pues? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera” (Romanos 6:15).

El resultado de esa gracia no es una vida de desobediencia, sino de **libertad del dominio del pecado**. El apóstol añade: *“Y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia”* (Romanos 6:18).

Por tanto, vivir bajo la gracia significa que el pecado ya no tiene que gobernarnos. La gracia que nos acepta es también la gracia que nos transforma, nos libera y nos sostiene en obediencia. No se trata simplemente de ser perdonados mientras permanecemos esclavos, sino de experimentar el poder de Dios para caminar en una vida nueva.



LA COMUNIÓN QUE PRODUCE EL ESPÍRITU

"El amor de Dios" es presentado por Pablo como una de las grandes realidades que acompañan la vida cristiana. En 2 Corintios 13:14, el apóstol no solamente menciona la gracia de Cristo, sino también **el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo**. Para comprender la profundidad de esta expresión, resulta fundamental escuchar las propias palabras de Jesús acerca del amor del Padre.

En Juan 16, Cristo declaró: *"El Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios"* (Juan 16:27). Estas palabras permiten comprender que **el amor del Padre no es una realidad que Cristo tenga que conseguir mediante ruegos y súplicas**. Jesús no vino a convencer a un Padre indiferente o distante para que comenzara a amar a la humanidad. Por el contrario, el amor del Padre es precisamente el fundamento del plan de salvación:

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito..." (Juan 3:16).

Cristo, entonces, no intercede delante de un Dios que se resiste a recibir al pecador. **Su intercesión garantiza que podamos recibir y experimentar el amor del Padre**, entrando en comunión con Él y permaneciendo arraigados en ese amor que se manifestó al entregar a su propio Hijo.



LA COMUNIÓN QUE PRODUCE EL ESPÍRITU

Pablo concluye su carta diciendo: *"La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén"* (2 Corintios 13:14). La palabra "comunión" expresa una relación viva con Dios. El santuario del Antiguo Testamento constituye una hermosa ilustración de esta verdad, pues Dios ordenó: *"Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos"* (Éxodo 25:8).

El santuario representaba, por tanto, **la presencia de Dios en medio de su pueblo**. Era el lugar del encuentro entre Dios y el hombre. Esta misma realidad alcanza una dimensión espiritual en las palabras de Jesús: *"El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él"* (Juan 14:23).

La presencia de Dios no puede separarse de su Palabra. Jesús explicó que el Espíritu Santo sería quien enseñaría y recordaría a sus discípulos todo lo que Él había dicho: *"Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho"* (Juan 14:26).

Por eso, **la verdadera comunión con el Espíritu Santo está inseparablemente relacionada con la comunión con la Palabra de Dios**. El Espíritu nos enseña, orienta y conduce conforme a lo que Cristo ha revelado. Así, por medio de la Palabra, somos llevados a una comunión viva con Cristo y con el Padre.



LA COMUNIÓN QUE PRODUCE EL ESPÍRITU

La bendición apostólica de 2 Corintios 13:14 resume esta maravillosa realidad: **la gracia de Cristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo obran juntos en la experiencia del creyente.**

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!

